

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura , Educacion , Música , Teatros y Modas .

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Artemisa.

Mas de cuatrocientos ochenta años antes de la venida de Jesucristo reinaba en la Caria la famosa Artemisa, hija de Ligdamia.

Así como Safo se distinguió por la ternura, y brilló su génio mecido por las suaves y pacíficas auras de la poesía, Artemisa, sin ser menos tierna, fué de carácter mas fuerte, y su talento, ya que no fué inspirado por Apolo, fué guiado por Belona.

En la hija de Mitilene vemos retratada su época, la sociedad que la rodeaba; en la heroína de la Caria vemos personificadas las costumbres de su tiempo, y distinguiéndose ella en lo que mas se distinguia el hombre entonces, en la guerra.

Aliada Artemisa con los persas, acompañó al famoso Jerjes, y ella misma guiaba el ejército auxiliar. Marchan á combatir á los griegos, y al prepararse la

célebre batalla de Salamina, Jerjes reunió á los principales jefes de su ejército y armada para decidir si convenia batir al enemigo ó estar á la defensiva. Los reyes de Chipre, Tiro, Sidon y Cilicia opinaban por dar la batalla sin perder un momento; pero Artemisa se opuso cuerda á tal precipitacion, y al llegarla el uso de la palabra en el Consejo, dirigiéndose á Jerjes, dijo:

— «La marina griega es muy superior á la nuestra; y una batalla desgraciada comprometeria el éxito de la guerra. Eres dueño de Atenas, y muy pronto lo serás de la Grecia entera, si sabes esperar, porque la armada enemiga no puede renovar sus víveres en Salamina. Mandemos algunos bajeles á las aguas del Peloponeso: cada uno de los jefes griegos temerá por la suerte de sus ciudades, y volverán bien pronto á ellas: desecha así la confederacion, nada nos opondrá ya resistencia.»

La historia ha demostrado lo prudente del consejo de aquella mujer, mas previsora y mas política que todas aquellas varoniles celebridades guerreras y políticas, que se decidieron por la guerra, combatiendo esta opinion Artemisa hasta

el último momento; mas cuando ya no podía hacer mas que conformarse, se apresó á cumplir como valiente colocándose animosa en su puesto.

Fuese por traicion, ó por otra causa, las predicciones de Artemisa se realizaron; los persas perdieron la batalla.

Algunos de los que con mas ardor sostuvieron que se diera, fueron de los primeros á huir; y Artemisa que se opuso, continuó peleando con heroismo, aun despues que la victoria se declaró por los griegos.

Perseguida muy de cerca por varios bajeles atenienses, y próxima á caer en su poder, su feliz imaginacion le sugirió un pensamiento salvador, una estratagemma digna del mas grande capitán, una astucia propia de la pródiga invectiva de la mujer.

Cerca de su navío bogaba uno persa, que mandaba su enemigo Domasitino. Artemisa enarboló la bandera de Esparta, acometió al bajel persa, y lo echó á pique; los atenienses que presenciaron aquel choque, creyeron que era de su partido y cesaron de perseguirla. Así se salvó.

Jerjes, que contempló desde lo alto de una montaña la derrota de su armada, y los heroicos esfuerzos de Artemisa, exclamó lleno de amargura y de entusiasmo: *¡En esta batalla los hombres se han portado como mujeres y las mujeres como hombres!*

¡Magnífico elogio para el sexo! ¡Terrible sarcasmo para el hombre!

Y tanto irritó al ateniense verse postergado por una mujer, que se declaró su enemigo, y prometió una crecida suma de dinero á cualquiera que la entregase viva; pero no era la reina Artemi-

sa mujer que se dejara vencer tan fácilmente, y á quien faltara la suficiente habilidad para burlar tales persecuciones, que despreció dignamente.

Y no solo las despreció, sino que poco despues se apoderó por sorpresa de la ciudad de Latmo, penetrando en ella bajo el pretesto de adorar á la madre de los dioses.

Pero aquella mujer, fuerte en los combates, valiente con los enemigos, heroica en la desgracia, é invencible donde tuviera que luchar, no supo, ó no pudo vencer una pasion que concibió frenética por el jóven Dárdano.

Sin nada que justificara en ella aquella pasion repentina, pues solo se dejó llevar de la efímera hermosura del jóven de Abydos, halló en ella el castigo de su culpa, como le suelen hallar esas pasiones imprudentes, esos amores basados en una apariencia loca; fuegos del corazon que apagan la llama de la inteligencia.

El jóven la desdenó; é irritada de aquel ultraje hecho á su amor y á su orgullo, llegó á sacar los ojos á Dárdano, y á precipitarse ella al mar desde la roca de Léucades, siguiendo á Safo, como la seguian todos los amantes desgraciados.

Aquella vida de heroismo, de gloria, fué empañada en un momento por un estravío de los sentidos: tambien una vida de virtud y de honor muere en un instante por una pasion imprudente, por un amor á una figura hermosa, que carece por lo general de una inteligencia elevada, de un corazon ardiente, y de un alma apasionada. Bellas estatuas para ser contempladas.

Otra Artemisa, la reina de Halicarna-

so, brilla en la historia; pero pertenece á otra época, y ya nos ocuparemos de ella, porque fué el modelo del amor conyugal: bien es verdad, que no hay virtudes de las que no se pueda presentar á una mujer como modelo.

A. Pirala.

LITERATURA.

A mi buena amiga

LA

Señorita Doña Carolina Segura.

El barquero y el eco de la playa.

Orilla á la mar serena
cantaba un barquero así:

¿Corazon, qué tienes, di,
que lloras con tanta pena?

¿Es que amas con frenesi?

—Sí.

Dime quien es, corazon,
la que en sus aras te inmola,
y de mi laud al són,
yo la diré tu pasion
en amante barcarola

—Carola.

¿Carola! ¿aquella traviesa
niña de hechiceros ojos
que tanto al alma interesa?

¿aquella de lábios rojos
cuyo reir embelesa?

—Esa.

¿Y quién con tan loco ardor
te lleva, ay triste, á adorar
á un sér tan encantador?

¿Dí, quién te impele á buscar
su desden y desamor?

—Amor.

¿Amor! ¿Con qué la amas tanto,

corazon mio? ¿y no hay
medio de lograr su encanto,
ni de enjugar ese llanto
que tan doliente te tray?

—¡Ay!!!

Suspiras! ¿es de alegría
ó de pesar, no te ama
Carola, con la porfia,
de la amorosa agonía
con que tu pecho se inflama?

—Ama.

¿Y qué su dulce ternura,
corazon, no es para tí?

¿ama á otro esa hermosura,
y con amarga tristura
por eso lloras así?

—Sí.

¿Corazon, cállate!... oh,
quién fuera el dichoso hombre
que su cariño alcanzó.

¿Me quieres decir el nombre
del que así la fascinó?

—No.

En esto se alzó bramando
con bravura el aquilon,
y el suave acento del eco
en los aires se perdió,
sin que volviera á escucharse
ni un suspiro, ni una voz,
porque la flébil barquilla
de las playas se alejó.

MARIANO ALONSO.

Segovia 22 de marzo de 1853.

UN MOMENTO LUCIDO.

NOVELA MORAL.

(Conclusion.)

VII.

La Dote.

La religiosa y las dos jóvenes fueron recibidas en el salon que precedia al cuarto de

dormir de la marquesa, y Coraly no pudo ocultar su emocion al reconocer los objetos que despertaban en su alma un doloroso recuerdo. Los dos herederos estaban en compañía de Mr. Bismuth; todos tres se levantaron con respeto al ver entrar las señoras.

—Caballero, dijo Coraly dirigiéndose á su primo Augusto con noble serenidad, he querido venir en persona á traeros mi respuesta, y á deciros (en particular á Mr. Bismuth) que no soy una ladrona; la cartera ha parecido, védla aquí; y aprovechándose de la admiracion de los circunstantes, y aun de la superiora, que nada sabia, Coraly contó la accion de Elena y el motivo que la habia obligado á guardar secreto, y concluyó su narracion colocando la cartera sobre la mesa, y diciendo *védla aquí*.

—Y creéis que la volveremos á recibir? exclamarón á la vez Emilio y Augusto, lo podeis pensar? No, querida prima... os pertenece... la habeis ganado de una manera bien cruel: guardadla con los otros 100,000 francos que os he ofrecido en mi carta.

—Oh! Dios mio! no necesito tanto para pagar mi dote al convento, dijo Coraly sacudiendo la cabeza con una tristura encantadora.

—Al convento! exclamó Augusto... joven, hermosa y rica? podeis pensar en volver al convento, mi querida prima? No, vos os casareis....

—Oh! no, señor, no me hago ilusiones, respondió Coraly en el mismo tono, triste y dulce á la vez. El infortunio me ha herido en la cuna, arrebatándome los autores de mis dias; educada por caridad, un proceso infame ha venido á marchitar mi juventud. Señor, la calumnia es como una gota de aceite vertida sobre un vestido de seda, desaparece el aceite, però siempre se conoce el sitio en que estuvo. Asi ha hecho esta acusacion sobre mi vida.... me hablais de matri-

monio!... el matrimonio está prohibido para mí.... ¿quién es el hombre (á no ser que fuese por los 200,000 francos, y á ese precio no quiero yo), quién es el hombre que habia de querer unir su suerte á la de una pobre mujer como yo?

—Yo! dijo Augusto, tomando con afeccion la mano de Coraly; yo que seré muy dichoso, que me envaneceré de llamaros mi esposa! yo que no tengo otra indemnizacion que ofrecer á vuestros sufrimientos sino mi nombre... aceptadle... prima mia; mi nombre está sin mancha; pero la mujer que es capaz del rasgo que vos habeis hecho, puede darle aun nuevo brillo... Asi... no hablemos mas, añadió echando una mirada sobre la cartera... yo guardo los 100,000 francos, que son vuestra dote...

—Al fin tú serás dichosa! dijo Elena abrazando á Coraly, que encarnada y confusa no podia responder una palabra.

—No enteramente, dijo al fin Coraly despues de algunos momentos; tú faltarás á mi dicha.

—Si la señorita quisiese trocar su velo de novicia por un velo de desposada, dijo Emilio con sinceridad, yo seria muy feliz en ofrecérsele.

—Y mi Elena tambien? exclamó la superiora enternecida; pero.... ella.... no tiene la dote de Coraly.

—La virtud y la prudencia valen mil veces mas que las riquezas, respondió el joven marino.

—Ya veis, hijas mias, qué Dios es grande! dijo la superiora con emocion... y que, aun aquí abajo, las acciones nobles hallan siempre su recompensa. (*Traduccion de Madama Eugenia Foa.*)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

VARIEDADES.

ESCENAS DEL OTRO MUNDO.

II.

Alojado Satan en las inmediaciones de la tierra, y en el camino de la Laguna Estigia, vió llegar en tropel una multitud de almas precedidas de cierto diablo que les servia de guia desde que abandonaron la tierra, y como almas que lleva el demonio así entraron de todas edades, sexos y categorías. Deseoso Satan de saber nuevas de la tierra llamó al diablo conductor y le dijo queria hablar á los viajeros antes de que los recibiese Aqueronte en su barca; efectivamente, pocos momentos despues se llenó la sala de recepcion; unos lloraban, otros reían, y la mayor parte parecian preocupados por el acontecimiento que los habia arrojado de un mundo al otro; aquello era una confusion verdaderamente infernal.

—Pardiez! exclamaba uno, bien merece la pena de morirse, hacerse enterrar y dejar allá arriba su cuerpo y sus apetitos, con tal de hallarse aquí tan bueno como si tal hubiera sucedido.

—Cómo? dijo un turco, aquí no hay *hurris!* por Alá, dónde están las *hurris?*... ni un ilustre Pachá!...

—Bah! dijo un africano, mal hice viniendo á morir á Europa! en el infierno de mi pais las cosas fueran de otro modo.

—Qué va á ser de los hombres sin mí? exclamaba el alma de un filósofo.

—Me he dejado olvidados dentro del jergon 100,000 rs., sollozaba la sombra de un mendigo.

—Gritad, decia un alma que se cubria con una pobre mortaja; eso es, quejáos aun,

no gritariais tanto si como yo hubierais dejado en la tierra solo miseria! en mi vida me he visto mas abrigado que desde que me han puesto esta mortaja de limosna; si me la hubieran dado antes, cuánto menos frio hubiese pasado!

—Oh suerte injusta! murmuraba un anciano, tengo apenas ochenta años, y estoy aquí, mientras que mi hermano tiene ochenta y cinco y se ha quedado.

—Todas las mujeres son infieles, gritaba un marido.

—No por cierto, exclamó otro que llegaba en aquel instante... seguido de su mitad.

—Los hombres son unos tiranos, unos traidores, nos matan, nos seducen, nos engañan, nos.....

Estas últimas palabras que salian de un grupo de mujeres, que todas hablaban á la vez, entremezcladas de gritos, suspiros y sollozos, llamaron la atencion de Satan, que permanecia estupefacto en medio de semejante confusion, y al volverse vió que se dirigian á él las victimas del bello sexo implorando favor.

—Justicia! decian, justicia! y puesto que no se castiga á los hombres en la tierra, aplicadles aquí la ley y vengadnos.

Satan, á quien el recuerdo de Eva hacia ser quizás muy indulgente con las mujeres, dispuso para satisfacer su peticion, que estas almas oprimidas fuesen separadas de sus opresores eternamente. En mal hora dictó la sentencia, pues estalló una violenta tempestad de imprecaciones contra él.

—El remedio es peor que el mal, decian todas.

—Pues qué quereis? gritó Satan fuera de sí, pongo vuestra virtud á cubierto, evito que vuelvan á engañaros, ¿y aun no estais contentas?

—Quién criará nuestros hijos! decia una sombra masculina.

—Quién me halagará con una dulce sonrisa, decía otra.

Satan aturdido con aquel alboroto, y no sabiendo qué deducir de semejante incoherencia, gritó: Silencio !!! y decidió preguntar á una alma cuyo sombrío aspecto le llamó la atención, á fin de aclarar un tanto esta discordancia de pareceres.

—Vamos, dime, qué sucede allá en la tierra?

—Todo lo que se hace en la tierra debe complaceros si deseais cosecha abundante. La mentira, la calumnia y la avaricia se disputan la posesion del mundo, la gente buena no sabe qué hacer de su bondad; el interés personal lo ha invadido todo; donde bastan medianias sobra el mérito, las palabras honor y virtud no tienen sentido alguno, y si bien se oyen en boca de unos pocos, en breve no estarán mas que en los diccionarios, así que, por vida mia, lo mejor que puede hacerse es morir, dejando que lleguen tiempos mas felices para las venideras generaciones.

—En verdad, amigo, dijo Satan, qué traes buenas noticias!

—Esa sombra miente, dijo otro; allí se vive en una buena paz, y todo va á las mil maravillas, en la progresiva marcha de las luces; las artes florecen, la prosperidad del pais acrece, los cargos públicos se reservan al mérito, todo trabajo tiene su recompensa, cada cosa tiene un precio conocido, todo se adquiere, todo se paga; en fin, el presente es de plata, el porvenir es de oro.

—Muy bien, dijo Satan, el dia que desees un destino en el infierno me lo avisas, las proporciones que hayas perdido allá las encontrarás aquí. Y tú, qué dices? preguntó Satan á un tercero.

—Nada que se parezca á lo que han dicho estos señores, contestó un elegante.

Qué quereis que se haga? qué se puede hacer allí, mas que beber, comer, fumar, dormir, comprar caballos, apostar carreras, murmurar, jugar, ser enamorado, mientras dura el dinero; en fin, gastar el cuerpo y los bienes, burlar á los acreedores, y morir como yo he hecho, dejando á los venideros una vida jóven y bella.

—Perfectamente, dijo Satan, hé aqui un jóven interesante del gran mundo. Cómo te llamas? eres conde ó duque? Te ha favorecido acaso alguno de mis ministros?

—Señor, contestó la sombra, era rico, y mi único blason una onza de oro.

Deducir comentarios del cuento que acabo de escribir, fuera ofender vuestra inteligencia, amables lectoras, Sthal tuvo razon al decir que *el mundo era un infierno*.

Otro rato continuaré la historia, que si hasta aqui fué general, en adelante será particular, de cierto diablo que vino comisionado por Satan á Madrid para conocer y estudiar nuestras contumbres.

Emilio de Tamarit.

PRODIGIOS DEL MAGNETISMO.

Los experimentos magnéticos son el entretenimiento actual de toda Europa, su frenética influencia ha invadido los salones régios y la misera cabaña: qué labriego será el que á estas horas no haya ensayado la cadena magnética con su familia, y hecho rodar las sillas, las mesas, y hasta un par de bueyes? Porque la cuestion ha tomado un monstruoso desarrollo, y ya no se trata de *mesas y sombreros giratorios*, esto ya es rancio, el que hizo mover una pluma se propone mover una casa. No hay café, no hay

reunion particular ni oficina donde los muebles ya no hablen; una mesa baila al compás del piano, una silla acierta los años del individuo que se le designa ó indica el nombre de una persona; una sortija pendiente de un cabello marca la hora que es en el borde de un vaso: con semejantes prodigios, quién se atreverá á negar que las paredes hablan? Y por qué habrémos de sorprendernos cuando por capricho de algunos apasionados magnetizadores, encontremos la Giralda de Sevilla en la Plaza Mayor de Madrid, ó las Pirámides de Egipto en Somosierra?

Los muebles, de hoy en adelante, será menester atarlos para que no se subleven al contacto de unas faldas, conductor eléctrico por excelencia, y nosotros mismos tendremos que cubrirnos con un fanal, á guisa de floreros, si no queremos ser magnetizados á cada paso, pues ha llegado el entusiasmo magnético á tal punto, que allí donde hay tres personas y entra un cuarto individuo, allí se forma la cadena, le cercan, se agitan, bullen, y concluyen por marear al paciente, aunque sea mas antimagnético que la misma seda ó el cristal.

No hay que dudarlo, lectoras, las mesas hablan, y si no leed el *Correo de Lyon*, donde se insertan cosas tan asombrosas, que á no hallarnos en el siglo XIX, el periódico y sus redactores serían objeto de un Auto de Fé; creedme, leed ese periódico impreso en una nación que se llama actualmente la mas civilizada de Europa, y os convencereis de lo fácil que es trasportar á España el Coloso de Rodas, si existiera. Para qué maniobras en los buques? para qué tanta cuerda y tanto cable, si con formar la tripulacion la cadena magnética vira de bordo con pasmosa facilidad?

El delirio magnético es general, y son tales las exageraciones de los visionarios, que si así vamos, quedará trastornado el plane-

ta terrestre antes de que llegue la Canícula.

No se puede negar la existencia del pasmoso fenómeno de la cadena magnética aplicada á ciertos y determinados objetos, puesto que son conocidas algunas propiedades de este fluido, aunque no tanto como debiéramos; pero dotar de inteligencia las cosas inanimadas es el colmo de la ignorancia, y si así es, lo cual niego, no podrémos dudar que los muebles han adquirido la razon que perdieron los hombres.

Estraño es que en tiempos del oscurantismo se creyese en *los hechizos, el mal de ojo, los sortilegios y la brujería, etc.*, y que una familia se conceptuase amenazada de graves disgustos al derramarse el salero en la mesa, ó bien por el contrario, que estaba resguardada de la influencia del demonio clavando un murciélago en la puerta de la casa; pero que en el siglo actual, que en el siglo XIX, en el siglo de la ilustracion, haya hombres instruidos que crean en el sonambulismo hasta el punto de que un individuo que jamás salió de Madrid, una vez magnetizado, dé minuciosos detalles de lo que sucede en Roma, Pekin ó Filipinas, es cosa que solo se comprende cediendo, cual he dicho, á cosas inanimadas la razon, que debiera residir en seres racionales.

T.

TEATROS.

No hace muchas noches que se estrenó en el coliseo de la Cruz una de esas obras dramáticas que recuerdan los buenos tiempos de nuestra literatura. Su jóven autor que ha formado su gusto literario en el estudio del teatro antiguo español, ha sabido dar á su comedia esos giros ingeniosos y poéticos, esas imágenes sencillas y llenas de sentimiento y naturalidad, esa versificación fácil y castiza, y ese colorido, en fin, que solo

se encuentra en las obras de Lope, Calderon y Tellez. Quizá una comedia de este último, *El castigo del pensó qué*, ha inspirado al señor Larrea su última producción, titulada *La ocasion*. Un amante tímido y apasionado como el D. Rodrigo de Tirso está preso en las redes de una hermosura, que también le adora: el carácter receloso del amante le obliga á callar su pasión, y la enamorada dama se vale de cuantos medios le sugieren su ingenio y sus encantos para hacer hablar al hombre que se ha hecho dueño de su alvedrio. A cada momento ofrece la apasionada jóven al cobarde amante *la ocasion* favorable para que la declare su amor, pero siempre el miedo hace enmudecer al doncel, y *la ocasion* se pierde, y ambos se desesperan. Un charlatan, galanteador de oficio, viene á formar el contraste y poner á raya la paciencia del tímido amante; pero ni celos, ni coqueterías, lo gran hacer hablar á aquel sempiterno mudo, hasta que una equivocación, hija de su miedo y de su aturdimiento, le arranca la confesión de su amor. Entonces los amantes se entienden, y el charlatan queda á la luna de Valencia, separándose en esto de la comedia de Tellez, en la cual el castigado es el cobarde.

Ya ven, pues, nuestras lectoras por esta ligera reseña, que el argumento de *La ocasion* es en extremo sencillo, y que sin las bellezas de que hemos hablado antes, el mérito de esta comedia sería escaso. Tal sin embargo como la ha presentado el señor Larrea, aunque con algunos defectos, que pudiéramos apuntar, sacados en su mayor parte del acto segundo, es la producción que con mejores condiciones literarias ha ofrecido al público el coliseo de la Cruz en la presente temporada.

J. A. V.

MODAS.

Por fin, aunque entre frecuentes chubascos, se han dejado ver los primeros rayos del sol de primavera, dando vida y animación á la brillante y numerosa concurrencia que ha asistido estos días á las carreras de caballos verificadas en el delicioso sitio de Aranjuez.

Si hubiéramos de remontarnos al origen de estos ejercicios, y establecer una comparación entre lo que fueron en su principio,

y lo que son en el día, los encontraríamos muy descoloridos y mezquinos.

Las carreras de caballos, este espectáculo grandioso, que introdujo en Europa la galantería árabe, conservó su magnificencia por algunos siglos, y nuestros antepasados, nobles y generosos caballeros, corrían parejas por el honor y el amor, inspirados por la mirada magnética de la *reina de la belleza*. Poco á poco la Caballería ha ido degenerando, y el positivismo de nuestro siglo ha reemplazado á lo poético de los antiguos torneos, transformados hoy día en una lucha de palafreneros. Todavía el honor entra por algo en ellos, pero es un honor *dorado*.

A decir verdad, las carreras de caballos no pueden interesarnos sino bajo el punto de vista del lujo y de la moda. Poco nos importa que tal ó cual *jochey* reúna las condiciones del *sport*, que éste ó aquel caballo consiga el premio. Lo que nos agrada en estas reuniones es la Moda, que despliega en ellas los maravillosos tesoros de la novedad y de la elegancia. Ir á las carreras de los caballos significa para nosotras lucir un lujoso traje, un caballo de pura raza, ó un magnífico carruaje.

Entre la lucida concurrencia dominaban, como es natural para estas expediciones, los sombreros y capotas, en las que la seda, las cintas, el tul, la paja, las blondas y las flores se mezclaban en el mas gracioso desorden. Los sombreros se llevan cada día mas echados á trás, cerrando bien en la barba, y abiertos de las mejillas: el interior lleno completamente de rizados, flores ó cintas, que se adelantan hácia la frente, rodeando el rostro de una aureola encantadora.

Los vestidos se componen también de los elementos mas diferentes: se les guarnece con cintas, terciopelos, blondas y otros mil adornos que, mezclados con habilidad en las telas lisas, están destinados á reemplazar los trajes á *disposicion*, que segun lo que se han generalizado, principian á decaer, y la estación presente será la última de su reinado.

En las manteletas las de mejor tono son las iguales al vestido: su corte un poco escotadas, lisas por delante, y con vuelo por la espalda; sus adornos diferentes, de blondas, flecos ó bordados; algunas con lazos de cinta.

Aurora.